

Aproximación a la idea de cultura nacional en la perspectiva de Héctor Murena a partir de su concepción de la Historia

Adrián Ercoli (UNLP-Agencia)

adrianercoli74@gmail.com

Introducción

Al visitar los primeros libros de ensayos de Héctor Álvarez Murena nos encontramos con una reflexión punzante sobre la cultura nacional. Sin duda la obra de este ensayista argentino nacido en 1923 en Buenos Aires no se caracterizó por la buena acogida de sus ideas. Sin embargo la posibilidad de releer a Murena hoy, atendiendo a sus primeros ensayos, puede convertirse en algo valioso si tomamos en cuenta sus ideas desde una perspectiva filosófica, entiendo por esto no ya analizar detenidamente el contenido material de sus afirmaciones y críticas sino en recuperar sus estrategias para pensar la actualidad del presente, pues parece que allí radica la potencia de sus observaciones.

En sus primeras obras se muestra como alguien muy sensible a los condicionamientos del pensar en aquel presente que le tocaba vivir, a los peligros que asechaban a los intelectuales y a la vida social. Pero por sobre todo Murena ensaya en sus comienzos una reflexión arriesgada; en la búsqueda de un pensamiento nuevo para una época nueva, pagó el precio de la ausencia de una recepción mas adecuada de sus ideas. Como señala Leonara Djament, “[...] como buen crítico, Murena no reflexionaba sobre objetos previamente construidos, sino que se preguntaba por los términos en los cuales un saber era posible.”¹ Esa actitud no conformista ni conciliadora parece haber contribuido a desarrollar le permitió ir fondo en la comprensión del problema de la cultura nacional, lo cual se evidenció en la dimensión filosófica desde la cual trató el tema en sus primeros ensayos.

A continuación nos proponemos trabajar con un aspecto de sus reflexiones sobre la cultura nacional. La cuestión será poner de manifiesto la mirada crítica sobre la

¹ Djament, L., (2007), *La vacilación afortunada. H.A. Murena: un intelectual subversivo*, Editorial Colihue, Buenos Aires, páginas 113-114.

Historia de occidente, puesto que allí se juega gran parte del sentido de su propuesta sobre la conquista espiritual de América, sobre cómo pensar la cuestión del ser nacional. Nuestra exposición constará de la revisión de sus tres primeras obras ensayísticas, pero dedicando una atención especial a la segunda en el orden de aparición, titulada “Homo Atomicus”. Las otras dos a las que me refiero son “El pecado original de América” y a “Ensayos sobre subversión”.

El propósito del trabajo busca mostrar la articulación entre Historia, cultura nacional y pensamiento crítico. Nuestra tesis consiste en mostrar que la cultura nacional es un tema que atraviesa en forma de espiral los tres ensayos, y que el movimiento ascendente es producido por la mirada crítica de Murena sobre el sentido de la Historia de occidente y la concomitante preocupación por mantenerla a raya en el plano de las objeciones, a partir de profundizar la tarea del pensador crítico o intelectual subversivo.

El recorrido que proponemos es ir en orden cronológico, e ir mostrando cómo se relacionan entre sí los conceptos antes mencionados. Partimos de cómo de la articulación entre cultura nacional e Historia en el primer ensayo para mostrar la primera forma de relación entre estos términos. Una relación caracterizada por la necesidad de delimitar la posibilidad de un discurso americano propio. En segundo lugar nos detendremos extensamente en la crítica a la Historia expuesta en clave religiosa o sagrada, para mostrar las consecuencias que se siguen de ésta según Murena en el siglo XX. Esta etapa es central para comprender el modo en que el autor despliega su crítica a la Historia de un modo original, sin recurrir a la sociología o a la historiografía; a la vez también evidenciará un giro en la preponderancia de la crítica a la Historia, ubicando a la cultura nacional en un segundo plano. Y en tercer y último lugar, a partir del tercer libro de ensayos, prestaremos atención al vínculo entre Historia y cultura nacional en la medida que ello supone como novedad el llamado a la mirada crítica acerca de las estrategias ideológicas y políticas como formas de pensar la cultura.

Como conclusión, indicaremos cómo de estos recorridos por la relación entre Historia y cultura nacional se consolidó una mirada sobre el mundo que tiene en América un lugar de inicio pero que no puede predecirse hacia dónde avanzará.

1. El pecado original de América o la exclusión de la Historia como posibilidad de una cultura propia

En la obra “El pecado original de América” de Héctor Murena, los ensayos que recorren y exponen su pensamiento sobre el ser nacional están contruidos en base al planteo de ideas que en sí mismas no son tematizadas, sino definidas y citadas una y otra vez según lo requiera el tema de cada capítulo. Me refiero por ejemplo a expresiones que por un lado caracterizan a cada ensayo en particular como eje de la reflexión tal como sucede con el conjuro del horror por Horacio Quiroga, Martínez Estrada y el conjuro de la desposesión original de la condición humana, a Roberto Arlt y el antihéroe, Edgard Allan Poe y el parricidio, y podríamos enunciar otras como la misma consideración sobre el artista nacional y el nacionalista. Estas expresiones, decíamos, creemos se articulan entre sí, o quizás más aún, son una constelación de conceptos ideas que abordan los modos en que la cultura en América se originó y desarrolló en el tiempo. Claro que no se trata de un relato histórico que despliega de modo causal acontecimientos o hitos fundadores de la identidad de esta región. En realidad opera directamente sobre lo establecido y deseado, sobre obras de artes y artistas, sobre intelectuales, buscando poner en evidencia el lugar desde el que se construyen o enuncian ciertos discursos, en los que se desea constituyan la patria o la nación, incluso la identidad americana. Pero no es la forma en que el autor se detiene en la historia lo que acá proponemos observar. Pues con la mirada basada en la fractura histórica, la discontinuidad y la historicidad aparecen como dos conceptos centrales con los que Murena ejerce su crítica hasta el límite.

En esta obra podemos leer la cuestión de la cultura nacional en concordancia con la reflexión sobre la identidad, es decir, en busca de comprender la identidad americana. Sin embargo el resultado no es una propuesta clara y definida, sino la condición de incertidumbre y su potencial transformador de una vida culposa en otra más libre. En este sentido la obra se puede leer no sólo como un discurso sobre de la condición de vida en América, sino también como una reflexión acerca de los modos históricos de habitar el mundo, como la expresión de formas concretas que toma la historicidad. Ello se advierte cuando reparamos en que Murena al buscar responder cuál es el sentido de la existencia en estas tierras juega constantemente con referir a consideraciones más universales y/o existenciales y con la forma en que las jóvenes naciones americanas – particularmente la argentina- elaboran su respuesta. La cultura es pensada como un proyecto que sólo adquiera consistencia, interés y relevancia cuando no es importado, impuesto o acatado, y por tanto asumiendo la fragilidad de no saber cómo afrontar la falta de un pasado legítimo que de sentido a la vida individual y colectiva.

De algún modo las tensiones que reconstruye Murena en esta obra remiten o suponen una reflexión sobre el sentido histórico, la función de la historia, el peso del pasado, la posibilidades del presente y la positiva incertidumbre del futuro. Una muestra clara de este hecho es el comienzo mismo de la primera parte del ensayo sobre “El pecado de América” cuando dice: “He aquí los hechos: en un tiempo habitábamos una tierra fecundada por el espíritu, que se llama Europa, de pronto fuimos expulsados de ella, caímos en otra tierra, en una tierra en bruto, vacua de espíritu, a la que dimos en llamar América[...] En aquel tiempo estábamos en el campo histórico, y la savia y el viento de la historia nos nutrían y exaltaban, hacían que cada objeto que tocáramos, cada palabra que enunciáramos, cada palmo de tierra que pisáramos, todo, tuviese un sentido, fuese una incitación; ahora poblamos naciones situadas fuera del círculo magnético de la historia, [...] naciones a la que la historia solo alarga la mano en busca de recursos materiales, por lo que la historia tiene para nosotros una significación puramente material, y cada contacto con ella resulta vano humillante para nuestro espíritu.”²

De un modo más radical, sus reflexiones sobre la historia como condicionante del pensamiento y la cultura en América, se expresa con su mayor radicalidad. Al indagar por las condiciones del pecado original³, Murena pone en juego una mirada metafísica sobre la cuestión de la cultura y marca el camino de su indagación para el resto del libro y lo retomará de modo central en sus dos posteriores obras de ensayos. La existencia o la vida parece ser la cuestión fundante del pensar humano, pero la forma en que la vida humana se desarrolla en el mundo parece ser la segunda cuestión, dependiente y directamente ligada con aquella. Es por ello que luego de preguntarse por qué existe algo, puede luego preguntarse “por qué hay, en general, historia.”⁴ Este interrogante desplaza la explicación tanto historiográfica como sociológica, pues en ambos casos se parte de objetos dados para explicar el modo de vida en este caso correspondiente a América, mientras que la pregunta metafísica intenta ir más allá del fenómeno para dar con una reflexión que ilumine las bases del pensamiento científico y político, e incluso religioso. Resulta entonces que Murena dedica un gran esfuerzo a combatir la mirada crédula sobre la Historia, pues allí tiene lugar el problema de la cultura nacional, la identidad de un pueblo, el futuro de las sociedades de América. En

² Murena, H. (2006), *El pecado original de América*, Editorial FCE, Buenos Aires, página 139.

³ Murena, H.: “El sentimiento de América constituye un castigo por una culpa que desconocemos: *el sentimiento, en suma, de que nacer o vivir en América estar gravado por un segundo pecado original*” Cfr, op cit., página 140.

⁴ Óp. Cit. Página 143.

ese sentido ya Murena comienza a utilizar el concepto de nihilismo, pero de un modo especial. Pues si bien estar influenciado por Nietzsche, incluso con relación a la famosa Segunda Intempestiva dedica a la historia, el uso de este término se articula con lo sagrado, con el conjuro de lo absoluto, pues allí entiende Murena que debe rastrearse el origen de las cosmovisiones expresado en los modos que toda cultura proyecta el lugar del hombre en el mundo.

Para concluir con el tono general que este ensayo tiene respecto de la Historia, y a fin de indicar ciertas semejanzas y diferencias con sus obras ensayísticas posteriores, conviene volver sobre el final de *El pecado original de América*. Allí se encuentra una expresión sugestiva acerca de cómo entender que América no forma parte de la Historia. Justamente en el último apartado titulado *Potencialidades*, nos encontramos con las condiciones positivas que oculta aquella mirada exclusivamente dirigida a encaminar la vida social americana en el marco de la Historia de occidente. Murena señala que la Historia de Occidente, entendida al modo hegeliano como el desarrollo de lo humano conquistando el mundo, hace ver que el Espíritu humanizador acabó su tarea en Europa. De ello se sigue para Murena que las civilizaciones americanas no tienen un cometido respecto de esta tarea esencial que es humanizar el mundo. Por el contrario, acorde con las opciones binarias que se aprecian en estas tierras, sólo se piensa en ser un apéndice de aquella Historia verdadera, o en rechazarla de pleno buscando un sentido propio en las cosmovisiones de las poblaciones originarias. Por supuesto que estas alternativas son incorrectas para Murena. América debe aceptar –con el dolor y dificultades que ello implique- el estar fuera de esa Historia de occidente, puesto que este lugar de marginal es la verdadera condición de posibilidad de un pensar verdaderamente propio. Y aclara así que lo primordial es asumir el desafío de reponer la fe, entendida como espíritu vivo que sin ser voluntad, sentimiento o intelecto, es la condición necesaria que el ser humano ha de recuperar en estas tierras –y siempre- si quiere vivir de acuerdo a sus posibilidades, y no de acuerdo a las de otros. La fe por tanto en la creación, en querer hacer perdurar la creación, es el inicio de un nuevo origen que ha de ser complementado con una crítica al modo en que la Historia de occidente asumió este desafío y le dio su propio destino. Ahora América ha de darse su propio destino negando aquel occidental. El nuevo destino comienza con un tipo de conciencia que remite a las ideas hegelianas sobre la Historia, pero con el claro de fin de darlas por finiquitadas: Murena plantea la conciencia transobjetiva. Se trata, expresado sintéticamente, de ver en la Historia europea el fin de la concepción del desarrollo de lo humano como ser que objetiva la

realidad hasta superar el extrañamiento y asumir la identidad plena entre sujeto y objeto. Pues la conciencia transobjetiva vendría mostrar que esto ya no es posible, que América expresa ese agotamiento y la necesidad de una nueva forma de habitar el mundo. Esto supone salirse de una cosmovisión que redundó en la materialidad del mundo y volver a esa suerte de pacto con lo absoluto, pues a la existencia ya no le alcanza el sentido provisto por la lucha con lo objetivo; se trata ahora de repensar la forma de habitar en estas tierras, lo cual supone pensar un nuevo modo de habitar el mundo.⁵ En síntesis, esta obra abre un camino para cuestionar la Historia de occidente, pero todavía permanece ligada al debate de la cultura nacional. Esta cuestión, entendemos, reaparece en modo de espiral, en sus obras ensayísticas inmediatamente posteriores. Allí la cuestión de la fe y la relación con lo absoluto, tanto como la apuesta por la condición *sin qua non* de todo intelectual como subversivo, suponen estas ideas tempranas de su obra más trascendente. A continuación veremos cómo dichas obras retoman la cuestión de la historicidad y la cultura nacional, pero con guiños a cuestiones más amplias que la vida en América, aunque esta se siempre una de las excusas para desarrollar sus ideas.

II. “Homo atomicus” o el final de una era

Pasemos ahora ver cómo la idea de Murena sobre la cultura nacional se despliega en un espiral que partió de la conciencia transobjetiva, pero que ahora se aplica a derribar con más ahínco el mundo objetivo europeo y norteamericano en cuanto ambos son símbolos del progreso y de civilización. La conciencia de una *historia fracturada* tiene en este segundo libro de recopilación de ensayos el motor para pensar los modos en que la conciencia y la cultura están absorbidas en una suerte de espejismo que encuentra en lo material su mayor riqueza.

Como una posibilidad de entender las críticas cifradas respecto a una época obnubilada por acontecimientos que, a los ojos de Murena, se caracteriza por el intento de progresar en un sentido no solo cuantitativo sino también cualitativo, advertimos que el tono de esta crítica se encuentra en su obra anterior, pero con diferente matiz. Murena busca pensar el tiempo presente como una nueva época en vías de conceptualización.

⁵ “Con en el término *transobjetivado*, buscamos indicar que quedó [el mundo] *trascendido* como objeto, que se convirtió en un objeto que ya no está al *frente* de nuestra conciencia sino *atrás* de esta; un objeto que en modo alguno ha desaparecido de nuestra conciencia, pero que ya no se yergue frente ésta pleno de interés con que se alza para el occidental, sino que ha quedado atrás, como un objeto de segunda importancia, como un objeto respecto al cual nos hemos “desengañado”.Crf. Óp. Cit. Página 174.

Principalmente su mirada demarca un tiempo nuevo frente a la historia que se cierra en Occidente, lo cual hace comprensible su expresión de un tiempo poshistórico.⁶

Desde el comienzo del libro, en su prólogo, la aclaración de pensar de modo asistemático⁷ tiene por objeto mostrar cómo el sujeto histórico no es fundante de un movimiento absoluto insuperable, sino por el contrario, se encuentra éste condicionado por la tradición en la que se inscribe su vínculo con el mundo. De algún modo esto conduce a ver en los fenómenos de mediados de siglo XX una tensión básica entre las expectativas de futuro y lo que el pasado y el presente esperan de lo desconocido. Así lo señala Murena cuando dice: “La idea de un progreso de la humanidad ha corrido en último siglo un destino que después de elevarla a la máxima popularidad la ha precipitado en el descrédito general que se reserva a las falacias. En principio, la ilusión de que tal proceso habría de cumplirse en el lapso de unas pocas generaciones no sólo limitaba sus alcances al plano material de la existencia, sino que asimismo [...] la tornaba ajena al hombre [...] lo que salta a la vista es que, a la inversa de lo que se imagina por lo común, el progreso consiste, en lugar de una disminución de los problemas rumbo al Edén terrenal, en aumento de los problemas, tanto en número como en complejidad rumbo a esa *persona* que podrá alcanzar su paz interior justamente por el hecho de saber que afronta la más alta tensión espiritual posible para una criatura, todos los problemas.”⁸

Sin embargo en “Homo Atomicus” el planteo va más allá de la discusión con Hegel y la Historia europea como símbolo del verdadero desarrollo de la humanidad. Va más allá decimos, porque en estos ensayos puede leerse el análisis de la actualidad o del presente de América, de Europa, de Estados Unidos como la situación del siglo XX asechada por el fin de un tipo de vínculo, que tiene por consecuencia el acabamiento de una forma de historicidad: la occidental.⁹ Para mostrar esto Murena toma como punta de

⁶ En concordancia con la lectura de Silvio Mattoni, podríamos sumar aquí que la expresión poshistórico aparece en las lecciones sobre *La Fenomenología del Espíritu* de Hegel que dictara Alexander Kojève, cita de la cual algunos han concluido que al final de la historia en Hegel se habilitaría a pensar la poshistoria como la tarea de realizar la identidad conceptual entre sujeto y objeto en el nivel de lo material, idea que podría incluso extenderse a que el marxismo, al considerarlo como una continuación del hegelianismo por otros medios.

⁷ Esta obra compuesta por un conjunto de ensayos que no tienen entre sí más conexión que tratar de comprender: “...un solo tema –la extinción de un estilo de vida milenario y el surgimiento de otro-. Pero ese tema no está tratado en forma sistemática. El motivo fundamental ha sido encarado desde algunos de los modos fundamentales de existencia –el hombre-la religión, el poder, el sexo, la capacidad técnica, la capacidad fabuladora, etc.- y se han obtenido visiones desde perspectivas diferentes.” En

⁸ Murena, H., (1961), *Homo atomicus*, Editorial Sur, Buenos Aires, página 253.

⁹ García, P. E., (2008), “En su siguiente libro *Homo Atomicus* (1961), donde la perspectiva de Murena se desplaza a la consideración de procesos de mayor alcance mundial muy relacionados con los quiebres de los fundamentos de la modernidad, la temática americanista no será abordada de modo específico, pero

lanza el vacío que deja el desarrollo científico y tecnológico a nivel mundial. La llegada del hombre a la luna –y en especial la llegada primero de un perro a la luna-, o la creación de la bomba atómica son ejemplos paradigmáticos de un final inevitable respecto de un mundo pensado bajo la égida de la identidad, la idealización máxima de un sujeto que coincide con el objeto, momento final que parece eternizarse y dominar toda realidad. Sin embargo, Murena ve en ello el signo del acabamiento de un modo de vida que ya no puede ser restituido. El planteo de esta idea movimiento traza el camino que va de lo religiosos a una secularización como los dos grandes momentos estructurantes del pensamiento y la vida tanto individual como colectiva en Occidente. En este sentido la modernidad es el tiempo en que se sitúa este proceso, pero cuyo derrotero estaría en los límites que encerraba ya en su propias expectativas de salvación y progreso. Haber alcanzado ese límite, tal como entiende Murena sucede en el siglo XX, lo orienta a pensar en el fin de la secularización, y auspiciar nuevos modos de lo sagrado como necesarios para salir de las aporías propias de una era agotada. Es por ello que nos proponemos a continuación reconstruir la lógica sobre cómo la historia se agotó, y dio lugar a una poshistoria como el tiempo presente que augura un destino incierto.

Sin negar cierta cuota arbitrariedad de nuestra parte, elegimos enfocarnos en un capítulo de esta obra, en aquel que lleva por título “La muerte de Dios”. Aquí Murena repasa el vínculo de la religión, la política, la sociedad y los individuos con el propósito de poner de manifiesto el sentido de lo sagrado. A pesar de no ser el ensayo más explícito en su tarea de analizar la temporalidad y la historia, como en “El ultrahihilista” o “La irrupción del futuro”, es posible apreciar algo que no se da en estos: la relación entre la historicidad, la historia y lo sagrado. En este sentido, las reflexiones sobre lo sagrado marcan una singularidad del planteo de Murena al asumir la condición de la existencia humana ligada a lo absoluto, pero sin determinar cuál sea este. Piensa dicho vínculo como propio de la existencia y no como un llamado a la fe religiosa. Así, ante un tiempo que no da señales de un sentido predeterminado hacia dónde avanzar, el marco del conjuro es la toma de conciencia de no renunciar a esta exigencia, la de no abandonar la negatividad de lo dado, no ya natural u objetivo sino, de las construcciones de sentido naturalizadas que han perdido su poder predictivo.

estará muy presente a lo largo del libro en relación con el lugar del yo ensayístico ...se posiciona como intérprete privilegiado de la descomposición de una manera de entender lo histórico que marca la contemporaneidad” en *La palabra imprecisa de Héctor Murena, en el margen del ensayo argentino contemporáneo*, Departamento de Filología Española IV, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral, página 68.

Inicia la reflexión centrado en ciertas implicaciones que tiene el acto de elevar una plegaria a un ser superior y se detiene en la suposición de una precariedad del ser como la condición del ruego ante un ser u orden superior. Si bien su planteo en este ensayo se circunscribe a la fe religiosa, atribuye no obstante a la existencia humana misma dicha precariedad, la cual se manifiesta también en otros órdenes como la política, la ciencia, el arte o el deporte. Sin embargo su focalización en la fe religiosa tiene que ver con el carácter paradigmático o emblemático en cuanto que es la mayor muestra a la conciencia de la precariedad en el hombre. La fe es el epicentro de un modo de vida sobre el que Murena pretende reflexionar críticamente, pues allí radica gran parte de su consideración y argumentos para plantear el fin de la historia, y al siglo XX como un tiempo poshistórico. El argumento parte de la premisa de la precariedad humana como una condición de la existencia humana; eso se revela en la pregunta por el sentido u origen de la vida, en la cual el individuo toma conciencia de ser finito y ser causado por algo mayor a sí mismo. La plegaria es su muestra más clara, enmarcada en el ámbito de lo religioso. Ahora bien, éste no es el único ámbito –como ya se mencionó– en el que Murena piensa que el hombre se vincula con lo sagrado. El punto está en que la plegaria pone en evidencia la necesidad del hombre por establecer alguna forma de conjuro que haga la existencia más soportable. El conjuro es la forma en que se sublima la angustia producida por un orden superior, inefable. La historia del hombre está atravesada por esta condición existencial, y la historia de occidente es la muestra clara de cómo esto incide en la vida de los pueblos, y en la vida de los individuos. El modo de conjurar hace al fundamento del sentido de la existencia humana, principalmente en cuanto a cómo se orienta en el mundo y en el tiempo. Por ello el ensayo sobre la muerte de Dios busca resignificar el sentido de la ausencia, o mejor dicho del silencio de lo sagrado, pues del esclarecimiento de su importancia puede comprenderse la necesidad de reflexión sobre lo sagrado en un tiempo sin dirección o sentido para el hombre. De forma sintética podemos leer esta idea en la siguiente cita extraída del ensayo mencionado: “Los nombres de Dios, en efecto, están sometidos a la temporalidad, a la caducidad que termina invariablemente por afectar a las finitas formulaciones humanas, aunque Dios haya de resurgir siempre de las virtuales “muertes” que le impone los colapsos de los nombres a través de los cuales ha irradiado.”¹⁰ De este modo Murena muestra cómo los nombres de Dios tienen una duración finita a través de la historia,

¹⁰ Op. Cit. Página 126.

pero la necesidad de nombrar o conjurar lo sagrado o divino nunca desaparece de la condición humana.

Frente a la frase de Nietzsche sobre la muerte de Dios, Murena procura recuperar el sentido no en términos de una ausencia definitiva sino de la sombra que deja dicha ausencia en los individuos. De este modo lo que anticipa la muerte de Dios no es más que la muerte de uno de sus nombres, en este caso es el de Cristo y con ello analiza al cristianismo como una práctica que ha terminado por degradar el sentido ideal que la regía. Pensar en una nueva época es pensar en un nuevo nombre para lo sagrado, y ello sólo es posible si primero se advierte la diferencia entre el ideal y la práctica.

Ahora bien, El camino que propone Murena para repensar la época es atender especialmente a cómo se concibe desde el cristianismo la figura de Cristo, pues allí radica el problema con lo sagrado para Occidente, y la posibilidad de comprender el por qué de una época que se agota. Murena sostiene que la historia entendida como el devenir humano con sentido tiene su inicio en la muerte de Cristo: “La concepción de la historia que es hoy una categoría casi a priori de la enorme mayoría de los pobladores del *orbis terrarum* –incluyendo a la China que acaba de adoptarla en a versión ateizada del “anticristo” hegeliano Karl Marx- nace a la realidad con Cristo.”¹¹ Cristo es un Dios que fue puesto en el tiempo humano, a diferencia de otros dioses cuyo antropomorfismo se liga con la temporalidad sólo de modo azaroso; por ello Occidente no solo veneró a su Dios sino que construyó una línea temporal, la cronología por excelencia, decisiva incluso en el modo en que los individuos piensan en parte su relación con la muerte. Así, la historia comienza con Cristo. No hay eterno retorno, Cristo muere una sola vez. “Pero esa limitación encierra la formidable riqueza del símbolo Cristo.”¹² La riqueza será tal para Murena que deja por fuera el tema de la existencia histórica de Cristo; frente a las posiciones que niegan o consideran insuficientes las pruebas históricas de su existencia, él argumenta que ello no se sostiene pues de ser así dos milenios de historia se vaciarían de sentido y la humanidad debiera asumir haber vivido engañada, enredada en disputas sobre algo que no era más que una quimera.

Si la Historia comienza para Murena con el cristianismo, la secularización es la continuación de este relato por una vía diferente en cuanto procura reducir al mínimo el papel de la religión cristiana y se esfuerza por hacer depender del hombre mismo el sentido de su existencia; no obstante, la lógica temporal que rige a la modernidad

¹¹ Op. Cit. Página 130.

¹² OP. Cit. Página 131.

secularizada responde al modo de conjuro cristiano: Dios no ha muerto, lo sagrado no ha sido erradicado, tan sólo reemplazado por otras formas de conjuro que tiene por sagrado la razón, el arte, la política, etc. Frente a ello, el problema no es la caída del cristianismo por el cristianismo mismo, ni siquiera el debilitamiento de lo religioso como tal, sino el hecho de afrontar que el hombre quedó sin formas de trascendencia al abrazar el Progreso como destino de la humanidad. ¿Qué le depara al hombre con la idea de Progreso cuando el tiempo futuro al que señala no puede dar respuesta ciertas, seguras, que hacen olvidar que la razón también es una forma de conjuro?

Vemos así que Murena entiende la secularización como un proceso de sustitución de lo sagrado: el mundo deja de estar regido por la divinidad y en su lugar es tomado por el hombre para conducir su destino, pero el destino que persigue tiene su raíz en el cristianismo.¹³ Es en este sentido que señala las equivalencias en esta inversión. El destino de los hombres en la tierra se estructura en base a conceptos que conciben al hombre como el ser que ha de dominar la naturaleza, que el tiempo es infinito –como lo era Dios en su eternidad- y será el género humano quien esté destinado a imponer su mirada sobre el mundo y sobre sí mismo. La culpa y los pecados ante Dios, se transforman en la responsabilidad para con uno mismo. Reconocernos pecadores era el modo de existir ante Dios para el cristianismo. Para el laicismo nuestro reconocimiento está en la culpa, en sufrir no por ofender a Dios sino porque en la culpa nos conocemos a nosotros mismos, nuestras debilidades, nuestra precariedad y nuestra necesidad de ser completos, sin fallas (alcanzar la perfección). La renuncia así mismo en tanto cuerpo y ego era el pedido a los cristianos para alcanzar a Dios, en cambio desde la razón se busca interiormente racionalizar ese proceso, y convertir los instintos en responsables de la irracionalidad. El castigo ha sido interiorizado en cada individuo. Ambos son caminos de humanización, vía la mutilación del mal.

El argumento más relevante para nuestro propósito es aclarar cómo H. Murena lleva adelante un concepto de poshistoria ligado con la muerte de Dios. En este marco, a juicio de Murena la religión cristiana tiene una preponderancia decisiva. Por un lado,

¹³ Seguramente la idea puede recordar la tesis de Karl Löwith sobre “El sentido de la Historia”, quien ha postulado que la filosofía de la historia como campo crítico reflexivo tiene lugar a partir de la secularización del tiempo divino. Sin embargo la tesis de Murena no se queda en esa instancia secularizadora, sino que va más allá cuando plantea consecuencias de ese proceso, pero a su vez también es su mirada muy personal al inaugurar el tiempo histórico, no en la modernidad, sino con la aparición del cristianismo. En este sentido la Perspectiva de Murena va más allá de una suerte de enroque de términos que no alterarían el proceso en su lógica. (Revisar y citar la tesis de Löwith)

fue el eje tanto en su apogeo como en su declinar frente a la nueva religión de la razón: pues justamente a partir de la forma en que la Iglesia se apropió del vínculo con Dios es que puede entenderse cómo fue capaz de constituirse en la fe dominante hasta el siglo XX, pero a su vez de ello también se explica su debilitamiento, la fe creciente en la razón. Pero por otro lado, más importante aún para comprender la poshistoria según Murena, se encuentra el modo por el que sujeto o individuo se conectó con Dios –en tanto admite alguna existencia de orden superior. En palabras del autor: “El símbolo que una comunidad acuña ante una epifanía es el testimonio de la *union mystica* que a la sazón se produce entre Dios y el hombre. ... Pero como Dios es una presencia eterna y total, como se halla siempre *a la vista* de quienes posean *ojos para ver*, las variaciones entre los diversos símbolos, la mayor apertura de los *ojos* con que eventualmente se vislumbra a Dios, depende en lo fundamental del hombre.”¹⁴ En la fe cristiana se aprecia una manifestación de reconocimiento hacia un orden superior y un reconocimiento de la precariedad de la condición humana. Esta condición es la que evidencia un modo de idealizar a Dios y de poner en marcha una forma de práctica para mantener el vínculo o conjuro. No obstante, todo cambia cuando la práctica sustituye al ideal, una forma de existencia comienza a perecer, puesto que lo sagrado deviene mundano y deforma el sentido de lo práctico. El análisis de Cristo como el símbolo del catolicismo es la forma en que Murena explicará este devenir en la práctica religiosa, y cómo afecta ello el sentido de la existencia para la comunidad que adherente. Sostiene al respecto que lo que le sucedió al cristianismo fue haber fundado en un nuevo y original vínculo con lo sagrado toda una práctica que llevaba al individuo a creer en un contacto directo con lo divino, sustituyéndole así fe por certeza, lo cual tuvo por consecuencia el vaciamiento del sentido de la existencia por una suerte de automatismo. La certeza que promovió la fe, será en parte la lógica que reproducirá la racionalidad occidental como forma de vínculo con lo sagrado, olvidando también el carácter de misterio que envuelve a lo verdaderamente sagrado. La Iglesia se desmiembra cuando la certeza domina a sus fieles, algo que parece repetirse con la fe en razón: la fe en conseguir certezas de un modo diferente, esto es eliminando lo más relevante consistente en preservar el carácter de conjuro que toda epifanía tiene potencialmente; implica por tanto olvidar que la epifanía es la forma que determina los modos de habitar el mundo. La sustitución del instrumento por el fin hacia el cual éste nos ayuda a pensar, sentir, y a cual se aspira conocer termina por tergiversar el fundamento de la existencia en el misterio.

¹⁴ OP. Cit. Páginas 154-155.

Igualmente esto representó la posibilidad de una expectativa hacia un nuevo mundo, con una nueva forma de lo sagrado. “La gesta que en estos símbolos se exalta no es la de una comunidad que batalla por *su destino manifesto*, sino la de un solitario y heroico individuo que, por desafiar lateralmente las normas de la *polis*, cae víctima de esta. ... el descubrimiento del individuo implica el descubrimiento automático de la unidad del género humano... lo decisivo finca en que el hombre ha terminado por verse propiamente a sí mismo y en que es consigo mismo con quien comienza la nueva batalla.”¹⁵

La explicación de Murena, siempre lejos de ser historiográfica o sociológica, remite a los orígenes de la Historia, en lo que resuena una suerte de genealogía, inspirada probablemente en Nietzsche. Tal estrategia interpretativa es la que permite su consideración sobre el descubrimiento de lo individual a manos del catolicismo. Esto tiene lugar a raíz en el movimiento de interiorización de la ley del talión, la que es sustraída de la forma de justicia impartida de modo externo por una autoridad, en la antigüedad -destinada a hacer justicia en términos cuantitativos, midiendo mal con mal, mal por mal; el cristianismo hace ver que esa ley ha de ser interiorizada, por lo cual la culpa y el mal se vuelven intrínsecos al hombre, dejando en su conciencia la resolución de cómo volver a la armonía con el orden divino luego de cometer alguna injusticia. El momento concreto en que este pasaje de interiorización de la ley tiene lugar es el relato bíblico de la enseñanza de Cristo cuando manda poner la otra mejilla cuando tenga lugar una disputa con otro. “Pues lo que en verdad Cristo trae no es la suspensión de la *lex talionis* sino su modificación. Cristo *interioriza* la ley del talión, puesto que lleva a buscar al ofensor en uno mismo y no en el prójimo.”¹⁶ La individualidad será el comienzo de una nueva forma de relación con lo divino, donde la exterioridad de la ley de las comunidades precristianas queda sustituida por el vínculo directo entre el individuo y Dios.

Es interesante señalar aquí que Murena interpreta a este descubrimiento del individuo como una forma de progreso en tanto abre nuevas posibilidades para el género humano aunque ello no supone una linealidad temporal de mejoras. En contraste con el Iluminismo que supone en alguna medida el avance de la racionalidad como superación de estadios, a los cuales no puede volverse o retroceder, las nuevas posibilidades de las que habla Murena presentan el carácter de una nueva perspectiva

¹⁵ Op. Cit. Páginas 156-157.

¹⁶ Op. Cit. Página 146.

del mundo y los hombres, más sutil y compleja que las ya conocidas, pero de ello no se ha de esperar la superación de modo definitivo de los males de la humanidad. Por el contrario, es posible y esperable que una nueva posibilidad suponga nuevas tragedias – incluso más dolorosas que otras en el pasado-, reedición de males pretéritos o la convivencia en la repetición de antiguas prácticas en el marco de una nueva mirada dominante.¹⁷

El ensayo sobre la “Muerte de Dios” presenta uno de sus mayores esfuerzos de comprensión en el apartado dieciséis. Allí el problema ontológico, la constitución incompleta del ser del hombre es afirmada y referida a Dios. El Dios del cual nos habla Murena no es identificado directa y estrechamente con ninguna religión, a pesar de reflexionar siempre en el marco de la tradición judeocristiana y católica. Pues, allende estas expresiones religiosas, el planteo parece dirigirse en el fondo a mostrar que la historia humana es la historia del hombre con lo sagrado. Luego del modo en que el cristianismo concibió a Cristo como un dios que habitó lo temporal, y como un dios que posibilitó la interioridad, se estableció la historia del hombre durante dos milenios, historia que termina en el siglo XX. El hallazgo de Murena es ver que el sentido de la existencia no residiría en el pasado, sino en el futuro; y éste, aunque siempre incierto, sólo es en parte anticipable en cuanto la humanidad puede lograr redefinir su vínculo con lo sagrado. La posibilidad de un mundo nuevo esta en el anacronismo, en la ruptura o discontinuidad que la historia siempre ha rechazado, tanto la historia divina como la racional producto de la modernidad. La posibilidad de un mundo nuevo requiere de un hombre nuevo: el cual en principio, antes de definir su práctica, debiera asumir el punto de inicio de la reflexión sobre el presente como tan determinado por el pasado como por el futuro, un tiempo que no puede medirse por el progreso, sino por las refundaciones de la experiencia del hombre con lo sacro.

¹⁷ Respecto de este punto, Murena interpreta el antisemitismo nazi en el marco de estas “posibilidades” que traen aparejadas las vanguardias humanas, pero que al convivir con otras de antaño, pueden acarrear grandes fatalidades. Así por ejemplo el descubrimiento del individuo en la religión cristiana no da por resultado una modificación completa de las prácticas religiosas, sino la combinación de viejas y nuevas formas de pensar el orden sagrado. Es claro al respecto que por un lado el individuo encuentra dentro de sí al género humano, su vínculo con lo sagrado –es decir, no ya mediado exclusivamente por la autoridad religiosa-, dando ello como resultado nuevas prácticas, pero que no logra abolir otras que no se corresponde con esta nueva mirada. Es así que el cristianismo puede en este mismo contexto, bendecir armas, ejércitos, y actos violentos puesto que aún repite como práctica constitutiva de su vínculo con lo sagrado y en su intermediación entre éste y la comunidad, concepciones más primitivas que no logra modificar. Es así que el nazismo es referido fugazmente en parte como este entrecruzamiento de cristianismo de vanguardia y prácticas primitivas, por las cuales fundan el exterminio como intérpretes de la voluntad de deidades, al estilo de formas tribales en el pasado.

La crítica al cristianismo encuentra un nuevo espiral en las consideraciones de Murena cuando reproduce el argumento de la Ley del Tali3n para explicar c3mo opera la noci3n de “mal”. Es importante se1alzar el reduccionismo que a ojos de Murena implica la interiorizaci3n de esta ley, pues si bien implica una experiencia nueva para el hombre al descubrir la interioridad, sin embargo el resultado es la fijaci3n de la psiquis como lugar donde el “mal” es representado como algo externo al individuo, algo que lo invadi3 y debe ser extirpado. El mal es algo a mutilar en la perspectiva cristiana, por lo cual el individuo se escinde en una parte sana y otra enferma que debe ser extirpada, pero que en realidad es 3l mismo individuo. “Esta concepci3n err3nea del mal, que delata una visi3n ontol3gica inexacta de lo que es el ser humano, deriva de la imposibilidad de comprender lo creado en general”.¹⁸ El bien y el mal formarían parte del individuo, y contrario a creer que el segundo debe ser alejado para que el individuo se acerque a lo sagrado, Murena entiende que el mal no se refiere a aquello que se determina desde y para la psiquis, es decir, el mal no es lo opuesto a la raz3n, a lo espiritual –reducido a psiquis para el cristianismo. El mal se funda en la condici3n ontol3gica del ser humano, en su precariedad, en su ser incompleto, lo cual exige formas de comprensi3n no de car3cter opositor o contradictorio; requiere mas bien de una comprensi3n hacia la integraci3n de lo animal y lo espiritual, procurando no mutilar su ser ya que ello lo aleja m3s de lo sacro: la b3squeda de lo completo y acabado del ser no puede prescindir ni de los sentimientos, ni de la raz3n ni de la fe. Es as3 que la Historia es concebida por Murena como una forma de tiempo que en parte es pensada desde el modo en que lo individuo se relaciona con lo sagrado.

Murena se1ala que el cristianismo cumpli3 su funci3n en la Historia al exigir al hombre de occidente un modo de fe sobre lo absoluto que no registraba antecedentes. El cristianismo es la clave para comprender la historia de occidente, pero tambi3n para comprender su acabamiento. Lo que se ha dado a lo largo de dos mil a1os en occidente fue un modo de oscurecimiento de la fe ontol3gica primordial, aquella constitutiva de toda existencia humana por la cual se establece alg3n v3nculo con lo sagrado, a manos del cristianismo; 3ste, al exigir que el hombre abandone su raz3n por la fe, gener3 una tensi3n entre dos aspectos de la existencia humana, similar a aquel que se da entre el car3cter racional e instintivo en los seres humanos. En el caso de la fe, el cristianismo err3 en una amputaci3n de la raz3n, como si se tratase del mal y al cual le cabe solo el

¹⁸ OP. Cit. P3gina 176.

ser extirpado. Es por ello que se da el oscurecimiento de aquella fe primordial: el hombre desplaza el esfuerzo por vivir acorde a una fe original al centrar su vida en la tensión entre fe y razón, haciendo de la fe un problema psíquico, mental, y procurando hallar una solución de carácter certera, segura. Esta búsqueda de seguridad llevará en la historia al abandono de la fe cristiana, de la Iglesia pero no por eso desaparecerá el problema. La racionalidad de occidente buscará olvidar esa fe como esencial para entender el sentido de la existencia, y procurará que la vida humana se afiance en la certeza adquiridas por a razón y la ciencia.¹⁹

III. Ensayos sobre subversión: historia, posmodernidad y la apuesta por la diferencia

En esta última obra ensayística de Murena que tomamos en cuenta para nuestro propósito, la historia se articula con la subversión, entendiendo por esta última expresión la actitud que define a un intelectual, y que encuentra un ejemplo en el final del libro en la figura de Sócrates: modelo para pensar en contra de cualquier modo de conformismo, de mediocridad. En este sentido, sin alejarse tanto de su libro ensayístico anterior (*Homo atomicus*), la Historia es un lugar privilegiado para pensar la subversión de las identidades construidas especialmente en relación a las ideologías políticas. Pero en este caso la mirada de Murena se dirige a cierta *posmodernidad*²⁰, es decir, resalta la mundialización de la existencia como un efecto que domina el mundo contemporáneo. De algún modo esto es la continuación de la espiral que comenzaba con “El pecado original de América” cuando Murena pensaba en estas tierras como el lugar donde la Historia de occidente encontraba su final –potencial-, ya que emergía la figura de un ser que nunca estuvo incluido en la Historia de la humanidad. Ahora la espiral continua,

¹⁹ Este razonamiento da lugar a pensar en las formas concretas del siglo veinte frente a la comprensión de lo diferente, del otro como causa de mal, de problemas de atraso en el desarrollo o progreso de la humanidad. La aniquilación, desaparición y exterminio del otro en tanto otro sugiere que a la base de esas acciones de purga se piensa en la certeza de un camino hacia lo mejor, un método seguro de erradicar aquello que no sólo no sirve sino que aparece –para tal perspectiva- como un obstáculo.

²⁰ En el tercer ensayo de esta obra, Murena se pregunta por el ser de la cultura latinoamericana. Y es allí donde al reconstruir cómo los artistas modernistas de Latinoamérica han sido una clara referencia en la conquista de un espíritu propio, plantea el posmodernismo como un factor más que dio lugar a ello. Si bien no desarrolla este concepto, es muy sugestivo que lo señala en un grupo de condiciones nuevas de la primera mitad siglo XX que han promovido la inventiva y la creación en América. Insipientemente, la referencia a ese contexto da cuenta de la sensibilidad de Murena en los cambios a nivel mundial, del modo en que los acontecimientos mundiales se conectan e influyen de un modo novedoso, diferente a la concepción tradición ilustrada de un orden mundial racional, entre naciones. (Murena, H., (1963), “Ser o no ser de la cultura latinoamericana” en *Ensayos sobre subversión*, Editorial Sur, Buenos Aires, especialmente en la página 65 y ss.

pero mostrando la decadencia de esa Historia en la proliferación de lo mundial, de ese fenómeno marcado por el goce en lo apátrida de la vida contemporánea. Es por ello que el mismo menciona, y nosotros citamos con especial interés, la palabra posmodernidad. Este es el carácter distintivo que señala el autor: lo apátrida. La descripción del fenómeno se completa cuando analiza justamente las nuevas creencias respecto de lo político en cuanto allí se buscan a los salvadores de la humanidad, los que prometen un mundo perfecto. En este sentido, los ensayos que componen esta obra profundizan aspectos de “Homo atomicus”, pero soslayan el elemento religioso. En todo caso, la Historia es revisada desde la materialidad que supone la aparición del capitalismo, el comunismo y la interpretación de la existencia en clave psicoanalítica.

Murena arremete contra el capitalismo en cuanto manifiesta una forma de entender la existencia de un modo totalitario: el hombre vive para poseer, para producir. Hace lo mismo con el comunismo, criticando el hecho de reducir la existencia humana a un debate material y económico. También el psicoanálisis ha contribuido a la secularización, al declive de lo espiritual en toda existencia humana, siendo en este caso que el individuo es explicado por la sexualidad. Todas estas formas de entender al hombre representan para Murena el sino de una época, de una Historia, que sólo puede ser pensada de modo diferente si se acepta el punto de partida que la cultura y la existencia no pueden ser reducidos a efectos o productos de lo que en verdad ellos son los verdaderos causantes.

A diferencia de sus análisis en “Homo Atomicus” acerca de la religiosidad y su vínculo con la Historia y la cultura, aquí Murena critica fuertemente a los sucesores (capitalismo y comunismo) por repetir estructuralmente lo que la religión impuso como forma de relación entre los individuos. El argumento que en este caso se suma consiste en señalar que mientras el cristianismo rechazaba lo material como posesión y con ello toda disputa violenta a causa de lo material, condenando a todo aquel que persiguiera de una u otra forma la riqueza y las posesiones, las ideologías en boga dominantes sólo se apartan de la espiritualidad religiosa pero sin desechar el aspecto más repudiable del cristianismo: la propaganda totalitaria, la conversión de todos a una misma religión, pero que en el caso de la política supone la necesidad de un sistema único de organización para todas las sociedades del mundo. En este sentido, la crítica que ejerce Murena puede tomársela como pertinente en ciertas discusiones actuales, ya que su principal objeción a las ideologías se vincula con ese carácter intolerante frente a la

diferencia. Si la Historia y el futuro dependen de esa lógica basada en la igualación de los individuos, entonces las consecuencias no aparecerán como extrañas.

“Ensayos sobre subversión” se alinea entonces con sus preocupaciones anteriores, pero inclinándose hacia la tarea del intelectual en la cultura. La apuesta de Murena aquí es recuperar la cultura como reflexión primordial del modo de expresión humano acerca de su modo de existencia, la cultura como crítica de lo aceptado, de aquello no cuestionado no tanto en contenido de ideas sino como en los dispositivos de comprensión de lo real que inhiben la duda, la interrogación, y fomentan la conformidad con las propuestas salvadoras. Las figuras del tábano o del aguafiestas sirven en este sentido para ilustrar este aspecto primordial de los ensayos, que lo acerca incluso más que a Sócrates, diríamos, a la teoría crítica de Adorno, Horkheimer y Benjamin. Pues el énfasis en la negación es el motor de la conquista de algo nuevo y propio.

Cabe destacar que a diferencia del tratamiento de la cultura nacional en “El pecado original de América” donde la ansiedad por esclarecer el sentido del origen de la vida en Argentina y América lo mantiene como en una etapa preliminar en la que discute cómo entender la fractura histórica, en estos ensayos, la subversión se presenta como una inquietud central capaz de reformular en parte el tópico en cuestión. La cultura nacional aquí se opone radicalmente tanto a lo autóctono como a lo extranjerizante, pero sobre todo apunta contra el síntoma de recurrir a la política y a las ideologías para pensar el ser latinoamericano. No se trata únicamente de entender que la vida en América estará signada por la exclusión de la Historia de occidente. Además hay que combatir las formas de creencia que se han impuesto como únicas salidas para pensar la cultura nacional. El ideal político de autodeterminación constituye para Murena el lugar común desde donde se piensa la identidad nacional, el ser nacional y la hermandad con las naciones del continente. La objeción que tiene hacia ello consiste en señalar que la cultura es más amplia que la política y no puede por tanto subordinarse a ella. El arte por ejemplo, para ser una creación espiritual auténtica tiene que expresar el sentido profundo de una cultura, de un modo de habitar el mundo, y no responder a la dinámica de lo político.

IV. Conclusión

Nuestro propósito en el recorrido por estas las tres obras de Héctor Murena ha sido leer su perspectiva sobre la cultura nacional a través del modo en que refiere a la Historia como problema. La Historia con mayúscula ha sido la objetada, y no la práctica

historiográfica como tal. De algún esto también lo acerca y vincula con la filosofía hegeliana sobre la historia al ver en ella un punto de reflexión central del desarrollo humano, aunque Murena se incline por revisar las formas del final de esa Historia de la humanidad que Hegel representara.

Sin duda esta idea del fin de la historia no es estrictamente una novedad aportada por la perspectiva mureniana pues el fin de la historia está presente en Hegel (aunque es una cuestión difícil el establecer en qué sentido lo es para Hegel) y de algún modo también Marx (aunque se habla más del fin de la prehistoria). Más allá de estos ejemplos u otros que se puedan citar, lo que sí distingue en alguna medida a Murena de Hegel y Marx es que el nuevo tiempo no vaticina un mundo nuevo en el que reina la libertad como forma de orden político y social, sino que la historia termina para dar lugar a una nueva temporalidad que se definirá a medida que los individuos puedan abandonar ciertas miradas del pasado por ser ya ineficaces para afrontar el presente.

La cuestión no parece tratarse de olvidar el pasado, sino más bien de comprender los engaños y encierros a que lleva asumir la lógica de la Historia entendida como el movimiento que va de la religión cristiana a la secularización. El presente no viene henchido de promesas de mejoras, sino apenas de un señalamiento de lo negativo que hay que afrontar, pero para lo cual no se cuenta con una cultura capaz de contener los esfuerzos intelectuales que requiere su comprensión. La apuesta está en conquistar una nueva espiritualidad, la propia, tomando como un punto de partida la negación del relato de occidente sobre la humanidad y buscar desde allí nuevas formas de humanizar el mundo, lo cual supondrá una religiosidad diferente, un vínculo con lo absoluto distinto, en el que en principio no se repongan viejas teorías para afrontar el futuro.